

P. MUÑOZ PEÑA.

---

FORTUNATA Y JACINTA

DE

D. B. PÉREZ GALDÓS.

---

JUICIO CRÍTICO.

---

**Precio UNA peseta.**

---

VALLADOLID.

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de H. Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

---

1888.

JT - F 3742



JUICIO CRÍTICO.

t. 1266746  
c. 71735042

JUICIO CRÍTICO

DE

“FORTUNATA Y JACINTA,,

NOVELA CONTEMPORÁNEA

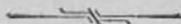
DE

D. BENITO PÉREZ GALDÓS

POR

D. PEDRO MUÑOZ PEÑA

Catedrático del Instituto de Valladolid.



VALLADOLID.

Imp. y Librería Nacional y Extranjera de H. Rodríguez,

LIBREROS DE LA UNIVERSIDAD Y DEL INSTITUTO.

1888.

*Es propiedad del autor.*



R. 162989

## ADVERTENCIA.

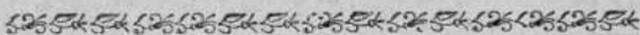
Los artículos que forman este folleto se publicaron en la Hoja que con el título de «*Lunes Literarios*» publica *La Libertad*, diario de Valladolid, en los números correspondientes á los días 21 y 28 de Noviembre y 5 y 19 de Diciembre del año último de 1887. Al darlos ahora nuevamente á la estampa en forma de folleto, lo hacemos cediendo á excitaciones cariñosas y demasiado benévolas de algunos buenos amigos, nunca porque nosotros creamos que el trabajo es perfecto ni mucho menos, sino porque á la vez que satisfacer un deseo de nuestros amigos, con ello ofrecemos el tributo de admiración que nos inspira el ilustre autor de la novela objeto de los presentes artículos, en los cuales apenas se esbozan los grandes méritos literarios y las múltiples bellezas artísticas que con-

---

tiene la última producción de Pérez Galdós, titulada FORTUNATA y JACINTA.

Si el público benévolo y la crítica reflexiva cree que nuestra obrita contiene algunas reflexiones pertinentes y algunos juicios justificados, daremos por bien empleado el tiempo en este trabajo invertido; y estos exiguos aciertos compensarán, sin duda, las múltiples deficiencias del presente *Juicio crítico* que, apesar de lo humilde que es, revela por lo menos la trascendencia grandísima que para la literatura patria tiene el actual florecimiento de la novela contemporánea española y la gloria que ha conseguido el primero de nuestros novelistas, insigne autor de tantas producciones inmortales. A él debe atribuirse, si es que algún mérito tienen estos artículos, pues con su producción ha despertado en nosotros las gratas emociones de lo bello; y mientras sigue admirando á Pérez Galdós pide al público indulgencia para sus yerros.

EL AUTOR.



# "FORTUNATA Y JACINTA,"

NOVELA DE

D. BENITO PÉREZ GALDÓS.



I.

## CONSIDERACIONES GENERALES.

El mejor de nuestros novelistas contemporáneos, D. Benito Pérez Galdós ha concluido de publicar hace muy poco tiempo su última producción titulada: *Fortunata y Jacinta (Dos historias de casadas)*; y, como este acontecimiento literario tiene verdadera importancia para las letras patrias, nos proponemos decir dos palabras sobre esta obra, que viene á aumentar el rico catálogo de creaciones novelescas que han brotado de la hermosa y fecunda imaginación de este ilustre escritor.

Pero antes de entrar en el análisis de la obra, hemos de decir, que el creador de *Gloria y Doña Perfecta* ha querido demostrar—y en nuestro juicio lo ha conseguido cumplidamente—que tiene alientos y facultades artísticas bastantes para seguir el camino trazado en la novela contemporánea por el gusto novísimo; es decir que en *Fortunata y Jacinta*, Galdós se presenta francamente naturalista y sigue sin imitación servil, sino con propia y personal individualidad artística á Zola, á Daudet, á Goncourt y á los mejores novelistas franceses.

Ya en *La de Bringas*, en *Lo Prohibido* y en alguna otra había intentado, siempre con buen éxito, señalarse como partidario de la nueva escuela y demostrado aptitudes felicísimas en lo que toca al estudio y reproducción del natural; pero lo que ha realizado en *Fortunata y Jacinta* es la prueba más evidente de que es un gran novelista, de que posee una rica inventiva y de que sabe, como el que más, estudiar profundamente el *documento humano*, que nunca como en esta novela ha sido objeto de un tan detenido análisis, de una tan hábil disección, ni de

tan minuciosa y conspicua observación y experiencia.

Pero aunque Pérez Galdós en *Fortunata y Jacinta* se ha colocado definitivamente entre los más notables escritores naturalistas, presentando en su obra situaciones y personajes, descripciones y diálogos tan reales como los que más se han admirado en Zola, por ejemplo, no son ciertamente tan crudos, ni mucho menos están rodeados y como henchidos de ese tinte lúgubre y pesimista que distingue las producciones del jefe del naturalismo francés, ni el novelista español es tan sectario é intransigente como el autor de *Nana* y *Germinal*; pues aunque estudia y reproduce el detalle, lo minucioso y lo que se ha dado en llamar *lo experimental* en la novela, procura revestir este experimentalismo con las galas de la poesía, con la gracia y finura del estilo y con la delicadeza del pensamiento, tal como cumple al verdadero artista, que no debe buscar únicamente la parte negativa de los objetos en lo que á lo bello se refiere, ó sea el lado deforme y feo, sino en primer término la belleza, sin renunciar por eso á la descripción y pintura

de la verdad y de la naturaleza. El mismo Pérez Galdós al terminar su novela, cuando se retiraban los que acompañaron al cementerio el cadáver de Fortunata, expone, así de paso, lo que él piensa sobre la novela naturalista, poniéndolo en boca de dos personajes que intervienen en la obra, el crítico Ponce y el amigo apasionado de Fortunata, Segismundo Ballester; hé aquí sus palabras: «Segismundo contó al buen Ponce todo lo que sabía de la historia de Fortunata, que no era poco, sin omitir lo último, que era sin duda lo mejor; á lo que dijo el eximio sentenciador de obras literarias, que había allí elementos para un drama ó novela, aunque á su parecer, el tejido artístico no resultaría vistoso sino introduciendo ciertas urdimbres de todo punto necesarias para que *la vulgaridad de la vida pudiera convertirse en materia estética*. No toleraba él que la vida se llevase al arte tal como es, sino aderezada, sazónada con olorosas especias y después puesta al fuego hasta que cueza bien. Segismundo no participaba de tal opinión, y estuvieron discutiendo sobre esto con selectas razones de una y otra parte, quedán-

---

dose cada cual con sus ideas y su convicción, y resultando al fin que la fruta cruda bien madura es cosa muy buena, y que también lo son las compotas, si el repostero sabe lo que trae entre manos.» Lo que Pérez Galdós pone en boca del crítico hemos de creer que es su propio pensamiento, primero porque así lo realiza en sus obras, después porque esta es la única razón alegada, pues Segismundo no hace más que no estar conforme, sin oponer argumentos en contrario, y por último, porque ha de suponerse que su propio pensamiento lo pondría mejor Galdós en la autorizada boca para cuestiones literarias del eximio Ponce, como él le llama, que en la de Ballester, regente de botica y más inteligente en píldoras y jarabes que en novelas y dramas.

La trascendencia de este carácter naturalista en la novela contemporánea, género que después de todo es hoy el más importante de todas las manifestaciones literarias, y el único que tiene vida y desarrollo fecundo, no hay para qué ponderarla y encarecerla, pues el propósito nobilísimo de reintegrar al arte y á la literatura en su base

esencial y propia, la verdad y la naturaleza, alejándolos de lo vacío y hueco de las abstracciones predominantemente idealistas y sin correspondencia en la realidad y en la vida, constituye la mayor alabanza y el mérito máspreciado de un género que, como el novelesco, se ha distinguido hasta ahora, exceptuando rarísimas ocasiones, por su tendencia á lo ideal, á lo fantástico y sobrenatural, convirtiendo así la producción literaria que debe expresar con mayor exactitud y cuidado lo real de la naturaleza y lo práctico de la vida, en el género mas convencional y falso de todas las manifestaciones artísticas, por haberse separado y divorciado de lo que constituye la base de su esencia. ¡Bien hayan los iniciadores de este transcendental sentido y de esta tendencia salvadora, y bien hayan también los que en nuestra patria han continuado las gloriosas tradiciones naturalistas de la novela española, encauzando la tendencia y sentido moderno por los fecundos caminos que siguieron nuestros más ilustres novelistas antiguos!

Porque no se crea que el naturalismo de Pérez Galdós convierte el arte en albañal

---

inmundo de las miserias y flaquezas humanas, ni de sus novelas resulta ese sabor amargo, hipochondriaco y pesimista, que conduce á los lectores á aborrecer la vida y la sociedad, el mundo y la naturaleza, hasta el punto de suponer que nuestro mejor estado es el anonadamiento y la muerte, algo parecido al nirvana indio, sino que por el contrario el naturalismo de nuestro novelista es pintura de lo real, es observación analítica del hombre y de la naturaleza, pero pintura y observación artística y por lo tanto bella, y en este sentido creemos que el novelista español es mucho más aceptable que los mismos iniciadores y propagandistas de este carácter y nota contemporánea de la novela, y aún superior — ¿por qué no lo hemos de decir? — á Zola mismo que, de apóstol se ha convertido en sectario del naturalismo; bien sea por ese prurito de todos los ingenios franceses á la notoriedad y singularidad, ó también hostigado y recrudescido su genio y carácter por las contrariedades de la polémica, por los sinsabores de la crítica, ó por la natural exageración de todo principio que trata de hacerse lugar en la vida,

ó cuando el amor propio toma en el espíritu del hombre el puesto que le corresponde á la serena apreciación y juicio de los actos. Que los secuaces de Zola han exagerado el carácter del naturalismo no hay para qué negarlo, y que el autor mismo de *L'Assommoir* ha ido mucho más lejos de lo que una razonable innovación artística permite, no hay tampoco que ponerlo en duda, pues lo dicen con testimonio evidente sus últimas producciones *Germinal* y *Tierra*, cuya lectura produce en el ánimo imparcial y sereno la admiración y el verdadero asombro, al contemplar á lo que pueden conducir las exageraciones de un principio, racional y conveniente, sin duda, pero inconvenientísimo y fatal para el arte cuando se exagera llevándole más allá de lo que permiten las leyes de la belleza.

Por eso, según nuestro juicio, el arte en general y la novela como una de las manifestaciones del arte, no admiten en manera alguna exageraciones, ni en el sentido de un idealismo huero y sin sustancia efectiva, ni por el lado de un naturalismo, que, á fuerza de querer decir mucho, venga á ser

un simbolismo tan vacío de realidad como su opuesto; la novela quiere sí observación, análisis minucioso, despliegue de los dobleces psicológicos, verdad en las descripciones, pintura de lo real y de lo propiamente humano, pero todo esto adornado y aderezado con los primores de la belleza, con el encanto de la filigrana artística, con el recamado del estilo, sin cuyo requisito no se pueden satisfacer legítimamente las exigencias de esta manifestación literaria, pues repetimos con Galdós: si la fruta sazónada y madura es alimento gustoso y agradable, también lo es cuando está aderezada con lo dulce del azúcar con que el repostero la conserva.

Hechas las anteriores reflexiones sobre el carácter general del naturalismo de la novela contemporánea, del que tanto se ha hablado y escrito en revistas, folletos y periódicos, y que en nuestro país se resume todo en lo expuesto por Doña Emilia Pardo Bazán en su obra *La cuestión palpitante*, defendiendo en serio esta tendencia, y en oposición á ella, bien que con más humorismo que con razones fundamentales, D. Juan

Valera en su libro *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*, en donde con la gracia y el donaire que él sabe hacerlo se burla donosamente de las aberraciones y excesos de la tendencia más bien que impugnarla; (1)

(1) El estudio crítico del naturalismo en la literatura y arte contemporáneos empezó en nuestra patria hacia el año 1875, por más que como elemento artístico se iniciara en las obras de los poetas, de los novelistas y de los pintores y músicos algunos años antes, en todo el período revolucionario. La *Revista Europea* publicó en Enero de 1875 un trabajo de D. Emilio Nieto titulado «*El Realismo en el arte contemporáneo*», que fué de los primeros que plantearon la cuestión que después había de tener tanta resonancia en las polémicas literarias. En aquel mismo año de 1875 se discutió en el Ateneo de Madrid el siguiente tema: «*Ventajas é inconvenientes del realismo en el arte dramático contemporáneo*», interviniendo en esta discusión, unos en pró y otros en contra de este carácter estético, los más notables críticos, literatos y filósofos de nuestro país, tales como Montoro, D. Francisco Canalejas, Revilla, Valera, Moreno Nieto y otros, saliendo esta cuestión de aquella docta casa para ocupar muchas páginas en los libros y folletos y largas columnas en los periódicos. D. Leopoldo Alas (Clarín) apareció muy luego como defensor del realismo ó naturalismo, sosteniendo la conveniencia de este elemento artístico, especialmente para la novela, como el más á propósito para la natural

reflexiones que á nosotros nos ha sugerido el hecho de que el primero de nuestros novelistas la haya aceptado francamente en su última producción *Fortunata y Jacinta*, entremos desde luego en el análisis de esta obra para poder deducir el juicio que nos merece.

La acción de la novela que nos ocupa es muy accidentada; y, aunque en realidad no es una complicación artificiosa ni menos confusa, tiene *Fortunata y Jacinta* multitud

---

evolución de este género, en los diferentes artículos de crítica y de polémica publicados por este notable ingenio en los principales periódicos de España. Más tarde en 1882 D. Urbano Gonzalez Serrano, en un trabajo sobre *El Naturalismo artístico*, expuso esta cuestión con la competencia que él sabe hacerlo, resolviendo el problema en un sentido armónico, desechando las exageraciones de la preceptiva de Zola, expuestas en las obras *Le Roman experimental* y *Le naturalisme au Theatre*, y aceptandolo que la tendencia tiene de bueno y de tradicional en la literatura y el arte de nuestra patria.

Don Marcelino Menéndez Pelayo en el *Juicio crítico* del insigne Pereda, que sirve como de introducción y prólogo á las *Obras* del novelista mentañés—Madrid 1884—habla también del naturalismo, como no podía menos de hacerlo tratándose de un novelista contemporáneo. El sabio autor de *La Historia de las Ideas estéti-*

de episodios y descripciones, escenas y relatos en los cuales el autor pretende, y en verdad que lo logra siempre, poner de relieve con vivísima fuerza de colorido los caracteres, ó presentar un cuadro acabado de costumbres, en lo cual, hay que decirlo sin rebozo, ningún novelista ha rayado tan alto como Pérez Galdós. Las costumbres madrileñas, sobre todo, tienen en esta novela un parecido tan exacto y un relieve y transparencia tan realista, y el autor ha in-

---

*ticas en España* hace observaciones muy oportunas y exactas, sin mostrarse refractario á la aceptación de este elemento artístico, siempre que sea dentro de las conveniencias artísticas y no represente la negación de lo bello por el prurito de exhibir lo deforme ó lo indecoroso con pretexto de inspirarse en la realidad.

Por último, el que estas líneas escribe, aunque no ocupa plaza en el ministerio de la crítica artística, ni menos tiene pretensiones de literato, pues no pasa de ser un modestísimo obrero en la república de las letras, se ha permitido también exponer sus ideas sobre esta cuestión en más de un artículo, pues en Junio de 1885 publicamos en *La Revista Contemporánea* de Madrid un trabajo sobre *La Novela Contemporánea* en donde se dijo algo del naturalismo, cuya síntesis son las mismas ideas que sumariamente en el presente *Juicio crítico* repetimos.

---

timado tanto con la vida y los gustos de la corte, con el lenguaje y las ideas, que parece que estamos viendo á las personas y tocando los objetos que nos ofrece en su relato el novelista. Tan grande es este encanto de lo píctórico, tan sorprendente es esta imitación de lo real, que con frecuencia se olvida la acción principal, la cual aparece revestida y bordada con hermosísimo follaje y como la corriente del caudaloso río y del cristalino arroyuelo que, describiendo caprichosas curvas y peregrinas vueltas, por donde quiera que pasa va cubierta y engalanada de vistoso follaje de árboles, arbustos y flores sin número; así marcha la acción de *Fortunata y Jacinta*, siempre visible su unidad como la plateada cinta del río, pero siempre tortuosa y encantadora como las fértiles y frondosas riberas.

En nuestro juicio el propósito principal del autor, al crear y dar vida á esta fábula novelesca, ha sido seguramente el que fuera ocasión y motivo para hacer una pintura y descripción exacta, histórica, social y política, en cuanto esta pintura cabe en los

moldes del arte, del período de nuestra historia contemporánea que se llama la *revolución de Septiembre*, su preparación en los años que precedieron al 1868, su apogeo en 1873 con la República y su terminación en 1875 con la restauración de D. Alfonso. La *Revolución de Septiembre* fué, aunque otra cosa digan los que quieren negarle importancia, el cambio completo de ideales en nuestro pueblo, el acontecimiento de mayor trascendencia política, social y religiosa de nuestro siglo, sin excluir el mismo de la guerra de la independencia, pues la revolución de Septiembre rompió con toda la vida nacional antigua, abrió las puertas á los libros extranjeros, nos puso en inmediato contacto con las ideas y con los adelantos del mundo moderno, lo mismo en lo religioso que en lo científico, igual en lo político que en los progresos manufactureros é industriales; y este período de gestación tan laboriosa, de crisis y cambios tan frecuentes es el escogido por Pérez Galdós para dar relieve á su fábula, encarnando todo su contenido y desarrollo en la vida y costumbres madrileñas, que después de todo, como centro de la vida nacio-

---

nal, es la que mejor resume y compendia, refleja y exterioriza los puntos salientes de la vida y costumbres españolas en la época contemporánea.

En un sentido más hondo y con el instinto certero del artista y la adivinación del poeta plantea el autor de *Fortunata y Jacinta* en la acción de su novela, algunos problemas muy interesantes, siquiera su resolución sea difícilísima en el terreno de la ciencia social, en la propia moralidad de las costumbres y aun en las esferas mismas de la religión, por más que aparezcan menos oscuros bajo el punto de vista de las afecciones, del amor y de los mandatos de la naturaleza. No pretende Pérez Galdós resolverlas en definitiva, pero parece como que ha querido hacer pensar sobre estas cuestiones que en forma interrogativa nosotros formulamos. ¿El verdadero lazo indisoluble del matrimonio es el amor puro y desinteresado con exclusión de todo otro compromiso y atadura social? ¿Siendo el matrimonio una institución creada en primer término para la conservación de la especie, los verdaderos esposos serán únicamente los que tienen sucesión? ¿La

mujer estéril tiene menos derecho á ser considerada como esposa que aquella otra cuya unión con el hombre ha producido nuevos seres?

Aunque estas cuestiones palpitan en el fondo de la novela que examinamos, aunque se hallan condensadas en las páginas de *Fortunata y Jacinta*, más que con el propósito de resolverlas, con el intento de dar jugo y sustancia al argumento y unir á lo grato del pasatiempo la reflexión de algo trascendental é importante, no son ciertamente estas gravísimas cuestiones ni inusitadas ni ajenas en la esfera estética, ni en la de la ciencia social, ni tampoco en las costumbres de los pueblos y civilizaciones, pues la primera la han planteado muchísimos poetas, y las dos últimas se han dado como legítimas en aquellos pueblos de que nos habla la historia en donde se repudiaba á la mujer estéril. Pérez Galdós, que es ingenio felicísimo y poeta de veras, no hace otra cosa que plantear esas cuestiones dándoles una resolución parcial é incompleta, de la única manera que esto puede hacerse en el arte, y resolviéndolas más con el corazón y el sen-

---

timiento que con la razón y la cabeza, pues pertenecen, como hemos dicho, á la serie de problemas más hondos y difíciles de resolver, tanto en el terreno de la moral práctica como de la especulativa.

Para dar forma artística y sensible á estas cuestiones fundamentales, que habían de servir al novelista para lo que nosotros hemos llamado su propósito principal, que es la descripción y pintura de las costumbres y la exteriorización de las ideas y estado social y político de nuestro país en el período histórico que se llama la *Revolución de Septiembre*, Pérez Galdós ha ideado la siguiente fábula: Juanito Santa Cruz, hijo único de padres bien acomodados, comerciantes que habían sido en la calle de Postas de Madrid, es un joven simpático, guapo y hasta cierto punto instruido, que llega á los 24 años sin haber conocido el amor, pero encuentra en aquella edad á una joven del pueblo, á Fortunata, que vivía con una tía suya vendedora de pollos y huevos en la Cava de San Miguel. Santa Cruz se enamora de la joven quien le corresponde con vehemencia y de estos amores en los que,

como es natural hubo promesas de matrimonio, nació un niño; pero el seductor se cansa pronto de estas relaciones y olvida sobre la marcha sus promesas, casándose al poco tiempo con su prima Jacinta, joven en quien se reunían los encantos corporales con las cualidades morales más excelentes; mujer que ama con delirio á su marido y que es digna por todos conceptos de un cariño igual y recíproco que Juanito Santa Cruz al principio no le escatima, y así pasan los dos esposos una luna de miel que bien se podría llamar con propiedad de miel y azúcar. Pero corre el tiempo y Jacinta siente una amargura inmensa; no tiene hijos, y esta contrariedad, que en ella es mayor que en cualquiera otra mujer por los tesoros de ternura maternal que encierra su corazón nobilísimo, llena toda su vida de anhelos imposibles, y este deseo de la maternidad se convierte en esta no satisfecha esposa en una verdadera mortificación y manía.

La olvidada Fortunata gusta de todas las amarguras del abandono, de todas las desgracias y miserias de que es susceptible una mujer burlada y arrojada al medio de la calle; pierde á su hijo, pero no olvida á su ingrato

---

amante, y aunque se entrega á otros hombres, no es por sensualidad y vicio, sino por necesidad ineludible é imperiosa de vivir, ó por fatalidad acerba de la suerte. Entre los muchos que llegan á conocerla hay uno que quiere redimirla, y á tanto llega su amor y su admiración por la hermosa joven que intenta hacerla su esposa, realizando su proyecto después de algún tiempo de clausura en un convento de Micaelas, en donde Fortunata estuvo como para arrepentirse de su pasado y regenerarse con la penitencia para la nueva vida y estado á que la preparaban. Maximiliano Rubín, un pobre chico enteco y lleno de jaqueca, de cuerpo miserable pero de nobles pensamientos, es el redentor de Fortunata. Se ha enamorado de la hermosura de la víctima de Santa Cruz y, enterado de toda la historia, se decide á sacar del lodo á la infeliz extraviada, elevándola hasta el sitio y lugar honrado de esposa suya. Creía la joven que, después del abandono y perfidia de su amante, después de la prueba de la clausura, podría olvidar para siempre á Santa Cruz y consiente en el casamiento con Rubín; pero en el mismo día

de la boda, cuando ya estaba casada, conoce su equivocación y luchando contra su pasión, pues Juanito Santa Cruz se le presenta por modo fatal en aquel mismo día, Fortunata cede y abandona á su esposa tacadode jaqueca y se marcha con su amante que, nuevamente cansado de ella, al poco tiempo la olvida por segunda vez. Fortunata vuelve á casa de su marido después de un generoso perdón por parte de este; pero, pensando cada día más en su amante, estrecha de nuevo sus relaciones con Santa Cruz de las cuales aparece el anuncio de un segundo fruto de bendición. Rubín en esta nueva etapa conoce las distracciones de su esposa, y poco á poco, á consecuencia del fracaso de sus nobilísimos proyectos, pierde el juicio, cayendo en una monomanía, producida por el desencanto de su amor siempre vivo y apasionado por Fortunata.

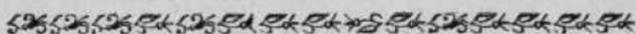
Aunque Jacinta, la esposa de Santa Cruz, sabe la historia de los amores de su marido con Fortunata, y sospecha por vehementes indicios de la infidelidad de su esposo, no llega nunca, tal es la bondad de su corazón, á aborrecer á su rival; y más bien lo que

---

por ella siente es compasión, porque es de advertir, que, á pesar de estas distracciones del infiel esposo, ella se encuentra siempre respetada por su marido, y hasta llega un caso, cuando Jacinta sabe que Fortunata va á tener nuevamente sucesión de su mismo esposo Juanito Santa Cruz, en que casi la tiene envidia. Por aquellos mismos tiempos el pérfido Santa Cruz estaba distraído con otros nuevos amores, cuyo hecho, sabido por Jacinta y Fortunata, las coloca en condiciones análogas, pues las dos se creían igualmente ofendidas. Fortunata sabe los desvanecos de su amante por boca de su propio marido Rubín, cuando ella estaba en la cama después de haber dado á luz, y levantándose de ella sin haber pasado el período del parto va á castigar á su rival á la cual abofetea con su propia mano. El disparate de levantarse antes de tiempo y la violenta escena con su rival le producen y ocasionan una hemorragia de la cual muere Fortunata, no sin antes escribir una carta á Jacinta, encargándole el cuidado del hijo de su marido y nombrándola su madre, toda vez que ella muere y no puede cuidar al heredero de

Santa Cruz. Jacinta, á quien este hecho viene á favorecer en su ardentísimo deseo de tener hijos, admite el encargo de su rival y acepta el puesto de madre del hijo de su marido. Así termina la novela dejando en la penumbra con exquisito talento la figura de Santa Cruz, causa principal de todas estas complicaciones.





## II.

### LOS CARACTERES.

---

Para desenvolver el interesante argumento que acabamos de sintetizar, el autor ha empleado cuatro tomos, que él llama partes, de modo que la novela tiene una extensión bastante lata y es, como al principio dijimos, por un lado verdadero estudio analítico, experimental y psicológico de caracteres reales y humanos, que forman una abundante y originalísima galería y cuyo detenido análisis nos llevaría muy lejos, por más que resultaría un trabajo interesantísimo, contentándonos nosotros con delinear los principales, haciendo breves indicaciones sobre los rasgos más salientes que les caracterizan; por otro lado, *Fortunata y Jacinta* es una

pintura viva y animada, real y exacta de las costumbres y vida contemporáneas, en forma de narración algo de lo que se refiere á la época anterior de la revolución de Setiembre, y empezando la acción de la novela en el año 1868 para terminar en 1875.

Tanto sobre lo que se refiere á la apreciación de los sucesos históricos, que el novelista con admirable maestría sabe combinar con los hechos de la vida privada que forman la acción de la novela, como sobre lo que pertenece á la pintura de las costumbres y á los cuadros de la vida real, nada decimos ahora, reservándolo para cuando hagamos el examen parcial de cada una de las partes de la obra, pues vamos á ocuparnos aquí de los caracteres.

Desde luego puede asegurarse que en pocas producciones de este género se encontrarán personajes tan bien delineados y tan interesantes como los que aparecen en esta novela, no sólo por su valor intrínseco como creación artística, cuanto por ser figuras y caracteres que parecen arrancados de la realidad misma, que se mueven, obran y hablan como el común de las gentes, participando to-

dos ellos del sentido naturalista de que está impregnada la novela. Basta fijarse en prueba de lo que decimos en los principales personajes para comprender que todos son reflejo exacto de nuestra sociedad, pues Fortunata, Jacinta, los dos Santa Cruz, Barbarita, Estupiñá, Guillermina, Izquierdo, los Rubín, Mauricia, Feijóo, Moreno Isla, Ballester y otros muchos que, aunque secundarios de los secundarios, están tomados directamente de la vida contemporánea, y como arrancados de la madrileña; y que por el relieve y transparencia artística que revisten ponen muy alto el nombre del que supo concebirlos y presentarlos llenos de movimiento y expresión, bellos, en fin, por el carácter eminentemente humano y real que ostentan.

Los caracteres de las dos protagonistas de la novela, sobre todo, exceden á toda ponderación: el mejor sin disputa por la complejidad psicológica con que está concebido y por la varonil franqueza con que está presentado es el de Fortunata, mujer de corazón apasionado y amante, sin distinciones ni reservas, tipo arrancado del fondo

común de las mujeres de nuestro pueblo que, cuando aman de veras, arrostran por el hombre á quien ofrecen su corazón toda clase de adversidades y miserias, sufriendo sus devaneos, y, cuando se ven otra vez correspondidas, todo lo olvidan y se entregan nuevamente, con más ardor si cabe, á gozar de las caricias de su amante á quien todo se lo perdonan. El autor ha condensado todo esto en una situación principalísima de su obra, en aquel encuentro de Santa Cruz y Fortunata, en la calle de Toluco esquina á la de la Colegiata, después del segundo abandono del amante, cuando, dudando este que su amada le perdonase, pregunta y ella contesta desbordándosele el contento por todas partes: Dice Santa Cruz á Fortunata.

«—¿Me guardas rencor?»

«—¿Yó? Ninguno.»

«—¡Apesar de lo mal que me porté contigo!»

«—Ya te perdoné.»

«—¿Cuándo?»

«—¡Cuando! ¡Que gracia! Pues el mismo día.»

«—¡Qué guapa estás! ¡Cada día más hermosa!»

«—Para tí toda —afirmó ella, poniendo toda su alma en una frase.»

Estas tres palabras—*para tí toda*—son la expresión más enérgica y compendiosa de todo un carácter artístico, y de una pasión ardiente: son la afirmación de la entrega incondicional que la mujer amada hace al hombre objeto de su cariño. Por ellas Fortunata no sólo rinde y ofrece á Santa Cruz su hermosura corporal, sino su alma apasionada y todo lo que constituye su ser; la creación de Pérez Galdós con este rasgo de amor inmenso puede igualarse á todas las heroínas que el arte ha inmortalizado. Así se pintan los caracteres, con una sola frase; y este es el privilegio de los grandes artistas, caracterizar por completo y con un solo rasgo toda la vehemencia de una pasión; por ella el novelista ha realzado tanto la figura de Fortunata, de esta hija del pueblo que no supo en toda su vida más que amar y ser mal correspondida, sufriendo resignada las consecuencias desgraciadas de su ardiente cariño; sin este amor inmenso,

Fortunata hubiera sido una mujer sensual y un personaje despreciable; por él se eleva á la altura de una creación artística con todos los caracteres reales que pueden concebirse en la más bella parte de género humano.

Cuando Fortunata quiere olvidar á su amante y renunciar á aquella pasión, que ella misma conoce que es ilegítima, el novelista lo hace con suma perfección y desplegando los más recónditos dobleces del corazón humano, que Galdós tan cumplidamente conoce, y cuando Fortunata está en las Micaelas, como cuando se va á juntar nuevamente con su marido Maximiliano Rubín después de haberle abandonado en la misma noche de novios, el autor sabe hacerlo por gradaciones delicadísimas y exactas, describiendo en este último caso con admirable maestría la lucha de aquel franco y fogoso corazón, solicitado á la vez por el imperioso grito del deber y el tiránico dominio de la pasión amorosa. ¡Qué interesante aparece entonces la heroína, y qué superior destreza de los recursos del arte revela el novelista!

Cualquiera al reflexionar sobre Fortu-

---

nata recuerda inmediatamente á la Nana de Zola; pero ¡cuánta diferencia hay entre la aventurera de Paris y la huevera de la Cava de San Miguel de Madrid! Las dos son hijas del pueblo y de la más baja extracción, y las dos se entregan á los hombres y á la vida del vicio, pero la heroína de Zola es una creación puramente sensual y materialista, enamorada de si misma y entregándose á los hombres, ó por refinamientos de sensualidad concupiscente, ó vendiendo su hermosura para obtener lujo y riquezas y nunca hay en ella una idea noble y elevada, siendo en este sentido una alma muerta, una verdadera estatua de mármol; Fortunata por el contrario ama con pasión á un solo hombre, al primero que se entregó, y si otros siguieron al primero fué por necesidad, por fatalidad ineludibles de ciertos seres y por sustraerse á los rigores del hambre y de la miseria. Nana desprecia y se burla del magnate que por ella se apasiona: pero le explota. Fortunata no puede amar al esposo que la fatalidad y un conjunto de circunstancias le han dado, pero le compadece é intenta vencer la repugnancia que le

inspira, y ni engaña á Maximiliano, ni quiere absolutamente serle gravosa, pues aún lo que gasta para sus necesidades cuotidianas se le hace cargo de conciencia. Nana se entrega á la crápula y al libertinaje sin remordimiento alguno y como la cosa más natural del mundo: Fortunata antes de abandonar á su marido lucha con su deber y su conciencia, por más que sucumba á su pasión, y por esto mismo es más humana y más interesante. Nana representa una sociedad inmunda y corrompida; Fortunata un pueblo quizá en vías de corrupción, pero que conserva todavía el corazón sano y en cuya conciencia hay sin embargo energías salvadoras y principios que pueden regenerarle. Ni las últimas capas sociales del pueblo madrileño son lo que sus análogas del pueblo de París y por eso estos dos tipos y caracteres son tan diferentes, si bien los novelistas, el francés y el español, recurrieron á ellos para simbolizar y encarnar las sociedades de sus respectivos países. Todavía pudiéramos añadir mayores diferencias. Nana es estéril, porque es corrompida, y muere de una enfermedad asquerosa é inmunda: Fortunata

tiene hijos y muere de una hemorragia como purificando su organismo de todas las inmundicias pasadas. Quizá por halagar más nuestros sentimientos patrios y por acomodarse mejor á nuestros gustos estéticos nos agrada mucho más la concepción de Galdós, que la de Zola, y por conformarse más con nuestras ideas encontramos más humana y mucho más interesante á la heroína madrileña que á la parisién.

La creación de Jacinta es de un genero completamente distinto. Jacinta no tiene pasión, no es un carácter en la genuina acepción de la palabra, pues sus sentimientos y sus actos no pasan de la línea media, pero en cambio es una figura tan hermosa, tan bien sentida y rodeada de tan atractivos y simpáticos atributos, de tanta ternura, de tanto amor y tolerancia para con los que le rodean, para su marido, para sus suegros y para sus hermanos, que inmediatamente cautiva y seduce; pero sobre todas estas bellísimas cualidades sobresale en ella otra que la hace más simpática, su amor á los niños que es precisamente en lo que Jacinta se muestra verdaderamente apasionada; ella

que no los tiene y que daría por ser madre de uno la mitad de su existencia para consagrar la otra mitad al cuidado de ese niño á quien nunca ve llegar. ¡Qué hermoso es este personaje de quien el lector se enamora inmediatamente que le conoce! ¡Cuánta delicadeza demuestra tener Pérez Galdós para haber ideado esta bellísima creación y esta figura tan simpática que está trabajada por el artista como costosa filigrana! Los capítulos de la novela que se titulan *Escenas de la vida íntima* y *Viage de novios* son en los que el autor puso el sello de su competencia para pintar tipos tan bellos y corazones tan hermosos como el de Jacinta.

Pero donde resalta más este tacto y esta delicadeza artística de Galdós es cuando coloca á los dos esposos frente á frente, á Jacinta y á Santa Cruz: aunque la primera conoce las infidelidades del segundo, no llega nunca á aborrecerle; y su cariño y su corazón de paloma sin hiel olvida al punto su ofensa, mientras su candor infantil se deja engañar á las primeras palabras por la elocuente y habilidosa sofistería de su marido. Cuando este le cuenta sus devaneos

---

con Fortunata antes de casarse, Jacinta en vez de envidia y rivalidad compadece á la seducida joven; y si después sospecha que esa misma mujer la roba el amor de su marido, siente sí la desazón de los celos, pero nunca el odio y la venganza, y se consuela con las protestas del pérfido Santa Cruz á quien respeta y cree como un oráculo.

Mas también el novelista ha sabido presentar en esta figura de Jacinta su puntito negro, siquiera esta sea tan inocente y pueril como la manía de Jacinta por ser madre, cualidad y circunstancia que la naturaleza le ha negado y por eso quizá sea mayor su deseo de tener hijos. Esta contrariedad para una mujer como ella, halagada por la fortuna y feliz por su carácter bondadoso, viene á producir en Jacinta una verdadera pena, pues le priva de emplear los tesoros de su ternura en el amor de los niños, provocando en su cabeza una verdadera manía que la conduce á lances tan ridículos como la adopción del *Pitúsín* de Pepe Izquierdo, que fué un timo por parte de éste por haber tenido la audacia de hacer entender á la dama que aquel niño era hijo de su esposo. Esta mis-

ma manía de los hijos pone luego á Jacinta en el caso de cometer algun pecadillo de pensamiento con Moreno Isla que tanto la admiraba y la quería, por pensar aquella que el aburrido solterón podría ser apto para satisfacer su capricho. Claro que esto pasa por la mente de Jacinta como un relámpago, pero al fin su manía á esto le lleva, y á pesar de ser tan inocente y tan buena, al fin es mujer y como tal caprichosa y antojadiza. Por último, esta misma manía de los hijos viene luego á servir en la conclusión de la novela para resolver hasta cierto punto la dificultad del problema que parece encerrarse en la *Historia de las dos casadas*, pues Jacinta acepta de Fortunata, al morir ésta, el fruto de las relaciones pecaminosas de la última con el esposo de la primera. ¡Cuánto ingenio, cuánta delicadeza y qué profundo conocimiento del corazón humano ha demostrado el novelista para llegar á esta conjunción suprema de las dos casadas no hay para qué ponderarlo, pues resulta realizado por tan suavísima pendiente en los caracteres de las dos esposas que llega á no ser inverosímil solución tan peregrina!

Es evidente que Pérez Galdós se ha recreado en la pintura de este carácter de Jacinta y del de su suegra D.<sup>a</sup> Barbarita, que es muy parecido al de la nuera, y que también tiene como el de aquella su manía, la de las compras; con estos dos tipos hubiera sido suficiente para alcanzar el renombre de gran artista, si ya no lo hubiera alcanzado en otras creaciones importantes. El de Jacinta sobre todo es una delicada filigrana del arte por estar adornado de tan exquisitos detalles, y recamado con tan preciosas molduras de inocencia, de ternura y de amor maternal que cautiva y encanta, hasta el punto, de que además de estar escogido con acierto el epíteto cariñoso de *mona del cielo*, con que algunas veces se la nombra en la novela, indica que el novelista quiso representar en ella todo el candor infantil y toda la ingenua belleza de que es susceptible un tipo de mujer.

Hace Jacinta con Fortunata verdadera correspondencia por la oposición y contraste de las líneas con que están dibujadas. Es Fortunata de belleza exuberante y plástica, y Jacinta de semblante agraciado y bello,

cariñosa, tierna é inocente y de cuerpo flexible y ligero, mientras que Fortunata es apasionada fogosa y ruda, de formas robustas y hermosas y de busto escultórico y perfecto. Jacinta ama con el amor de las palomas, suave y mimoso y aunque le punzan y mortifican bastante los celos y las infidelidades de su esposo, pronto olvida y se conforma; quiere á los niños por placer y por sobra de ternura que por todas partes se le desborda cuando los tiene entre sus delicados brazos; Fortunata ama con la pasión y la fuerza de la leona y con tan incondicional vehemencia que apenas parece que siente los celos, y aunque se cree alguna vez ofendida por la esposa legítima de su amante no apunta en su corazón la idea de la venganza; la entrevista de las dos rivales en casa de Guillermina es la menos cantidad de celos que puede exigirse de dos mujeres que se disputan la posesión de un hombre; en cambio, cuando Fortunata sabe que su perfido amante le es infiel con otra mujer que no es Jacinta, se levanta tan furiosa de la cama, en situación tan gravísima como es el período próximo que sigue al

---

alumbramiento, que no descansa hasta haber castigado á la falsa amiga Aurora Samaniego, poniéndole las manos en la cara y los piés en el cuerpo por su perfidia, siendo ésta la causa de su muerte, pues al poco se le presentó la hemorragia que la llevó al sepulcro; por último, cuando Fortunata acaricia á su hijo recién nacido no lo hace como lo haría Jacinta con arrullos de paloma, sino con rugidos de leona que defiende sus cachorros. Tales son en sus rasgos más salientes los caracteres de las dos heroínas de la novela, y tal el claro-oscuro y la perspectiva con que el autor ha sabido presentarlos, haciendo á las dos interesantes y simpáticas, aunque tienen condiciones tan distintas y opuestas.

Pero el carácter más felizmente acabado, no por su valor moral, sino por su relieve artístico y la dificultad vencida, es el de Juanito Santa Cruz; el estudiante aplicado de la Universidad de Madrid primero, el filósofo después, el mozo advertido más tarde, el hombre escéptico siempre; el epicúreo y sibarita del placer y de los goces que proporcionan las riquezas; nunca pró-

digo, pero siempre apareciendo liberal y cumplido, Santa Cruz es, en fin, una figura arrancada de las entrañas de la sociedad madrileña, que después de todo es la cifra y el resumen que contiene en sí todos los rasgos característicos de la vida nacional contemporánea. Y tiene esta figura de Santa Cruz tal transparencia y tan hermoso claro-oscuro que hay que admirar el arte del novelista que con tanta maestría ha sabido realizarle, pues siendo el hijo de D.<sup>a</sup> Barbarita el causante de todos los sinsabores de la tierna Jacinta y de todas las desgracias de la apasionada Fortunata, siendo Juanito Santa Cruz un corazón egoísta, voluble y con alternativas de amor y de cansancio, un espíritu calculador y sofisticado y un hombre que quería hacer compatible á Dios con el diablo, á pesar de todas estas cualidades tan poco atractivas, el autor ha logrado que este personaje no sea nunca ni antipático ni repulsivo. Para demostrar lo que acabamos de decir copiamos dos párrafos, que son de mano maestra como pintura de carácter, y en los cuales Pérez Galdós apura todos los recursos de su admirable perspicacia y co-

nocimiento del corazón humano; corresponden á la primera parte de la novela y al capítulo que se titula *Escenas de la vida íntima*.

«Tenía Santa Cruz en altísimo grado las triquiñuelas del artista de la vida, que sabe disponer las cosas del mejor modo posible para sistematizar y refinar sus dichas. Sacaba partido de todo, distribuyendo los goces y ajustándolos á esas misteriosas marcas del humano apetito que, cuando se acenúan, significan una organización viciosa. En el fondo de la naturaleza humana hay también, como en la superficie social, una sucesión de modas, periodos en que es de rigor cambiar de apetitos. Juan tenía temporadas. En épocas periódicas y casi fijas se hastiaba de sus correrías, y entonces su mujer, tan mona y cariñosa, le ilusionaba como si fuera la mujer de otro. Así lo muy antiguo y conocido se convierte en nuevo. Un texto desdeñado de puro sabido vuelve á interesar cuando la memoria principia á perderle y la curiosidad se estimula. Ayudaba á esto el tiernísimo amor que Jacinta le tenía, pues allí sí que no había farsa, ni vil

interés ni estudio. Era pues, para el Delfín una dicha verdadera y casi nueva volver á su puesto después de mil borrascas. Parecía que se restauraba con un cariño tan puro, tan leal y tan suyo, pues nadie podía disputárselo.»

«En honor de la verdad, se ha de decir que Santa Cruz amaba á su mujer. Ni aun en los días en que más viva estaba la marea de la infidelidad, dejó de haber para Jacinta un hueco de preferencia en aquel corazón que tenía tantos rincones y callejuelas. Ni la variedad de aficiones y caprichos excluía un sentimiento inamovible hacia su compañera por la ley y la religión. Conociendo perfectamente su valer moral, adoraba en ella las virtudes que él no tenía y que según su criterio, tampoco le hacían mucha falta. Por esta última razón no incurría en la humildad de confesarse indigno de tal joya, pues su amor propio iba siempre por delante de todo, y tenía por merecedor de cuantos bienes disfrutaba ó pudiera disfrutar en este bajo mundo. Vicioso y discreto, sibarita y hombre de talento, aspirando á la erudición de todos los goces

y con bastante buen gusto para espiritualizar las cosas materiales, no podía contentarse con gustar la belleza comprada ó conquistada, la gracia, el donaire, la extravagancia; quería gustar también la virtud, no precisamente la vencida, que deja de serlo, sino la pura, que en su pureza misma tenía para él su picante.»

Por lo anteriormente copiado puede juzgarse de la fina crítica y delicado análisis que Pérez Galdós posee cuando quiere dibujar caracteres complejos, los más artísticos siempre y de mayores dificultades, y también puede apreciarse la maestría con que estas dificultades han sido superadas en la realización y factura del personaje que nos ocupa. La verdad es que en esta sociedad contemporánea hay muchos Santa Cruz; muchos que, influidos por cierto espíritu mal-sano de escepticismo, tienen como atrofiado ó perdido el sentido moral; estos tales procuran guardar las apariencias para ser interiormente pérfidos y verdaderos desalmados, que cubren las formas del código penal, del de las costumbres y aún el de la religión, para ser allá dentro autores de robos

y asesinatos, transgresores de la moral social y pecadores horribles ante la presencia de Dios; pero dando á todo esto su explicación y hasta pareciendo que les sobra la razón y que ellos solos son los hombres que lo entienden y que saben acomodarse á las circunstancias, al medio ambiente, como ellos dicen, pues lo contrario es ir contra la corriente, es luchar contra la fuerza de la realidad. ¡Desdichado escepticismo y deplorable indiferencia esta, que olvida y desprecia los principios incommovibles y las verdades eternas de nuestro ser y de nuestra existencia!

Por este baño de compostura y por este revoque de honradez engaña Juanito Santa Cruz á todo el mundo, á sus mismos padres los primeros, que le creían perfecto; y por esta hipocresía refinada, Jacinta, cuando conoce que su marido es un farsante y que le falta, no puede quejarse de él, porque su conducta es tan correcta que nadie creería las perfidias del infiel esposo. ¡Qué bien ha pintado el autor el desarrollo de este carácter complejísimo y admirable! ¡qué tonos tan graduales emplea para destacar perfec-

tamente el interior de este personaje! ¡Qué raciocinios y reflexiones tan sofisticadas pone en boca de su héroe, tan propias de la dialéctica convencional, egoísta y puramente sensual por desgracia tan frecuente y generalizada en muchos hombres del día, que se creen instruidos, sensatos y honrados!

Juanito Santa Cruz se enamora de Fortunata y la pierde, abandonándola después con el frívolo pretexto de que no puede casarse con ella por no ser de su clase, y no le remuerde la conciencia de haber sido la causa de la perdición de la joven; al contrario, cuando ya está cansado de ella, procura ponerla en condiciones, y aun la empuja para que se encenague en el lodo más inmundo, con el fin de que esto justifique su abandono; después se casa con Jacinta lleno de amor y sin acordarse de la otra desgraciada; pero pronto la vida matrimonial le parece sosa y displicente y aunque ama á su esposa, la quiere y la mimas por el buen parecer, por su propia conveniencia y por no desentonar, mas no con el cariño que Dios manda; así es que, pasado algún tiempo y al anuncio de que Fortunata vuelve

á Madrid, cambiada de ruda hija del pueblo en elegante cortesana, toda la virtud de Juanito cae desplomada y todo el amor por aquella esposa adorable se convierte en concupiscencia pecaminosa, en ardiente deseo de volver á poseer lo que cansado dejó por desprecio y fastidio. Cuando sabe que Fortunata se ha casado, sus ardores crecen, y como ve más difícil la consecución de su deseo, por eso lo solicita y persigue con más ahinco; pero cuando logra su objeto, al poco tiempo se inicia otra vez el cansancio en su corazón, y vuelta á tornar recompuesto al hogar doméstico para cansarse más tarde y entregarse nuevamente á sus infidelidades. Para hacer todo esto ¡qué bien lo razona! ¡qué bien lo explica! con una filosofía que él llama positiva, y que no es otra cosa que una refinada y sofisticada mentira. El novelista llega en esto hasta hacer que Santa Cruz cuente á su esposa Jacinta todas estas infidelidades, como es natural en los períodos en que el infiel vuelve cansado á los brazos de su esposa á quien con argumentos especiosos y razones tan falsas como redomadamente sutiles, convence, de-

bido todo al amor que Jacinta le profesa y al respeto y aun admiración que tiene á su marido, y al deseo que ella misma siente de creer lo que le dice. En aquellos capitulos que antes hemos citado «Escenas de la vida íntima,» demuestra Pérez Galdós que no hay nadie que le aventaje en el conocimiento del corazón humano, y que sabe poner el dedo en las llagas sociales, producidas ciertamente por la falta de sentido moral, achaque tan frecuente de la sociedad contemporánea. Juanito Santa Cruz es la encarnación perfecta de ese nihilismo moral, de esa falsa instrucción y de ese escepticismo corruptor tan extendido entre nuestras clases medias que con deseos y posibilidad para aspirar á todos los goces, pero sin medios materiales para alcanzarlos, perdida la fé y creencia de los ideales religiosos y no sustituidos estos esenciales principios por los no menos fundamentales de la razón y del deber moral, rompen la armonía de la vida, faltando de este modo á lo que es verdadero imperativo categórico de nuestra conciencia y de nuestra naturaleza.

Si Juanito Santa Cruz es un escéptico

acomodaticio y un epicureo convencido, Maximiliano Rubín es un idealista sublime y un santo. Rubín quiere redimir á Fortunata pero desconociendo por completo la realidad de la vida y los fueros de la naturaleza, ó por lo menos juzgando estas cosas por el prisma de su imaginacion y de la subjetividad de su pensamiento, intenta redimirla casándose con ella. Conoce toda la historia de Fortunata, le impresiona su hermosura y le duelen é interesan sus desgracias, y como en último término sospecha, que la desventurada joven no tiene del todo perdido el sentimiento moral, cree hacedero su propósito de redención, y para preparar á Fortunata á un nuevo estado piensa que es suficiente el tenerla algunos meses en un establecimiento piadoso, en la casa de corrección de mujeres que se llama las Micaelas. Celebra con ella después su matrimonio y cuando se ve burlado, conoce su necedad y le es dolorosamente sensible la ofensa que tan injustificadamente le han hecho, y á consecuencia de este desengaño cae en una melancolía y tristeza grandes y en una monomanía de la cual le cuesta muchísimo el

---

reponerse: pero es tanto su amor á Fortunata y tan magnánimo su espíritu, que la perdona y olvida su falta, recibéndola nuevamente en su casa; mas pronto conoce lo inútil de su sacrificio, lo imposible de su intento y lo estéril de sus esfuerzos de redención; la realidad de las cosas es más fuerte que su deseo, y las leyes de la mecánica de la vida no van á quebrantarse porque á él se le haya antojado hacer un milagro. Fortunata no debió ser su esposa; él la ha engañado, y ella se ha dejado engañar, queriéndola convencer de que podría con el tiempo, sino ser amado por la pecadora, al menos vivir en intimidad de hermanos; por eso se vuelve loco en vista del fracaso de su proyecto, por lo inasequible de su ideal y por no poder conseguir que Fortunata le ame, y por verse, en fin, tan diferente de su esposa, tan humillado en su presencia y tan inferior en su constitución física.

Este contraste y disparidad de los dos esposos es una de las cosas mejor presentadas en la novela; Maximiliano Rubín tiene un fondo moral excelente y perfecto y una

conducta intachable, pero su cuerpo es endeble, raquítico y de constitución enfermiza y pobre; su esposa Fortunata es una pecadora, aunque en realidad no sea una perdida, pues su conciencia aún tiene por lo menos los propósitos de enmendarse; en cambio tiene una robustez y salud corporal inmejorable y al chocar estos dos seres tan opuestos en la vida, resulta lo que no podía menos de suceder, que Maxi vence á su esposa en lo moral, pero queda vergonzosamente vencido ante Fortunata en la vida real, pues sus miembros enclenques y flácidos no pueden resistir la competencia con la densidad, la morbidez y las torneadas superficies de los de su esposa. En este matrimonio, aun cuando Fortunata hubiera conseguido redimirse como intentaba, olvidando á Santa Cruz, no podía haber armonía y por lo tanto felicidad, y así lo conoce y confiesa el pobre Rubín al considerarse tan distante de Fortunata. Él ha ido contra las leyes de la naturaleza, que busca siempre lo armónico y ha sufrido el castigo de su impremeditación; por eso al fin de la novela se muestra resignado, aunque como

---

ninguno astuto para comprender todo lo que se refiere á su desgracia, pues aunque loco discurre con seguridad pasmosa en lo que concierne á la causa de su estado, á la falta de su mujer y á las consecuencias del amor de esta hacia su rival Santa Cruz. Utilizando el novelista esta situación de Maxi y poniendo en él la natural compensación de sus dolores, ya que en rigor no puede llamarse venganza contra el desamor de su esposa, Rubín, que aunque tiene tan santos pensamientos al fin es hombre, es el que anuncia á Fortunata que su amante Santa Cruz está entretenido con otra mujer, y escogiendo para darle esta noticia el momento más crítico, cuando Fortunata acababa en aquel mismo día de ser madre, consigue por este medio resarcirse en parte, castigando á la culpable, de los sufrimientos que tan injustamente le ha proporcionado. Después de esta venganza, incruenta por su parte, aunque de consecuencias mortales para Fortunata, Maximiliano Rubín ya está satisfecho, y nada le interesa en la vida y se dispone ir á Leganés, donde le envía su familia, pues lo mismo le da ir á un con-

vento de monjes, como le dicen, que á una casa de locos, como él sospecha.

Verdad es que cuando nos vamos enterando de la historia, de las relaciones y de los caracteres de los dos esposos, Rubín y Fortunata, recordamos al punto, la historia, las relaciones y los caracteres de Camilo y Teresa de Zola en su novela *Teresa Raquin*, pero también es cierto que la figura de Maximiliano de Pérez Galdós tiene más intencionalidad que la de Camilo de Zola, y en cuanto á factura y relieve naturalista no cede en nada Rubín á Camilo; ni la sensualidad casi brutal de Teresa puede compararse con el amor ardiente y apasionado de Fortunata. En suma, según nuestro juicio, el novelista español ha querido de propósito ensayar y presentar en su última producción los tipos, caracteres y situaciones que mayor resonancia han tenido en las obras del primero de los escritores naturalistas franceses, y en verdad que ha conseguido, sino eclipsar la gloria y renombre de Zola, por lo menos emularla dignamente.

Tales son, pues, los cuatro principales personajes de la novela, todos ellos reales y

---

convenientemente diferenciados, con individualidad propia y con gran arte sostenidos hasta la terminación de la obra; después de estos sobresalen entre todos los demás el carácter de Guillermina Pacheco y el de Plácido Estupiña. El de Guillermina sobre todo, es uno de los mejores de Pérez Galdós y en el cual parece que ha querido presentar como el reverso de otro carácter suyo famoso, el de doña Perfecta Polentinos de su magistral novela *Doña Perfecta*: Es esta última el símbolo y la imagen de la generación española que pasó, de aquella generación creyente, pero fanática en materias religiosas y que quería por la fuerza y por la violencia sostener el catolicismo; y es doña Guillermina Pacheco lo que debe ser una mujer henchida de verdadero espíritu religioso en la sociedad moderna; llena de amor al prójimo, tolerante y caritativa. Tan escultural, tan incommovible y fanática como es la de Polentinos, tan movida, tan flexible, tan cariñosa y activa es la de Pacheco; los rasgos duros de la primera están suavizados en la segunda; si aquella se hace pronto antipática por la sequedad de su ca-

rácter, ésta cada vez gusta más por su ternura y por los sentimientos humanitarios que revela; doña Guillermina, en fin, es uno de esos tipos admirables, tomados directamente del natural y del fondo común de esas mujeres heróicas á quienes la religión inflama para convertirlas, no en santas y ascetas y de virtudes estériles para sus semejantes, sino en sublimes bienhechoras de la infancia y de la vejez, ó en consuelo y alivio de los dolores ajenos, producidos ya por la pobreza y por la desgracia, ya también por los vicios y corrupciones humanas.

El novelista con un tino y acierto exquisito ha escogido á Guillermina, *virgen y fundadora* como él la llama, para que sea como el mediador plástico de las dos protagonistas de la obra, de las dos rivales Fortunata y Jacinta; y en verdad que sólo un carácter como el de Guillermina Pacheco pudo haber intentado con éxito acercar y poner en contacto de un modo natural y verosímil á la esposa con la amante de Juanito Santa Gruz. Si no fueran tan admirables los cuatro personajes principales diríamos que el de Guillermina era el mejor de todos, por la in-

---

tención moral que reviste y por el perfecto relieve artístico que ostenta. Después de Guillermina siguen los caracteres de Barbarita, doña Lupe y Mauricia la Dura y el de Papitos que pertenecen á los femeninos y sería inacabable lo que tendríamos que decir de aquella sin par Barbarita y de aquella hacendosa y económica doña Lupe. ¡Cuánto hay que admirar en todos ellos! ¡qué variedad de tintas los diferencian! ¡qué hermosura de colores tienen todos y con qué inimitable realismo están revestidos, como arrancados del fondo mismo de la sociedad española que tenemos á la vista.

Entre los caracteres masculinos sobresale el de Estupiñá, el más notable sin duda de los secundarios, pues representa todo un orden de ideas, la sociedad comercial madrileña de mediados del siglo; sociedad que, como todo, ha sufrido profunda modificación y cambio. Al leer las páginas de la novela que se refieren al buen Plácido parece como que asistimos á una resurrección de la vida madrileña que vimos en nuestra juventud, pues es tal la verdad del retrato que Pérez Galdós ha demostrado una vez

más lo potente de su fantasía, reproduciendo con admirable arte aquellas costumbres y aquellas escenas que en su libro se perpetuarán para siempre; vida y costumbres que se transformaban y cambiaban al contacto y aproximación de otros pueblos por los ferro-carriles y el telégrafo y por los demás medios de comunicación, que con insistencia creciente entonces se anunciaban y pedían plaza en la vida y civilización de nuestra patria.

Los dos Rubín hermanos de Maximiliano, Nicolás el canónigo y Juan Pablo, representan la llaga social que en la esfera burocrática y administrativa nos corroe, esa lepra nacional que se llama empleomanía; el uno en el orden religioso, pues busca la satisfacción de su apetito en las ya reducidas prebendas de las catedrales; el otro en el orden civil, bebiendo los vientos por disfrutar de la holganza en los ministerios, para lo cual, tanto monta para él ser partidario unas veces de D. Carlos, otras de la República y por último de la Restauración. ¡Qué capítulo aquel tan admirable de la parte tercera que se titula *Costumbres turcas!*

¡Con qué realismo y perfección están pintados los pretendientes á destinos y los revolucionarios de café! Completa este cuadro la figura de Pepe Izquierdo, otra variedad originalísima del pretendiente político, el revolucionario rojo de pega, el héroe de barricadas que no existieron más que en su imaginación, el pobre hombre, en fin, que la mayor parte de su vida vive con trabajo, porque no ha sabido que para lo que él en realidad sirve, es para modelo de pintores. ¿Quién no vé á cada instante tipos como el de D. Manuel Moreno Isla que viven perpetuamente renegando de las cosas de la patria y enamorados de las costumbres inglesas ó francesas? A estos notables caracteres sigue inmediatamente el de D. Evaristo González de Feijóo, coronel retirado y solterón, uno de los personajes mejor presentados como símbolo y reproducción de ese positivismo y escepticismo práctico, que es uno de los caracteres más salientes de esta sociedad contemporánea; el deseo de no producir escándalo con sus actos y el propósito de no desentonarse es su máxima inquebrantable; todo puede hacerse con tal de ser correcto,

atildado y pulcro; todo rasgo noble y todo arranque espontáneo, si sale de lo vulgar de la vida, es de mal gusto y compromete la tranquilidad del goce y de la posesión egoísta de ella. Este es el de Feijóo, retrato verdadero de muchos hombres que pasan por muy listos y por muy sensatos y prácticos en la sociedad en que vivimos.

Estos son, pues, los caracteres, y personajes de más bulto en esta novela admirable y aún llamamos muchos que, aunque presentados por el autor así como á la ligera, contienen pinceladas brillantes, rasgos felices de ingenio que demuestran la fuerza creadora de la fantasía de Pérez Galdós, su maestría artística y su profundo conocimiento del corazón humano al par que el de las costumbres y vida española, pues todo lo sabe y todo lo analiza con exquisita perspicacia y acierto. Por último, *Fortunata y Jacinta* es una novela que no solamente tiene grandísimo mérito por lo que toca á los caracteres, al interés de la fábula y á la riqueza y variedad del estilo, sino que su gran importancia está, como al principio dijimos, en la pintura real, efectiva y pal-

---

pitante de la vida y sociedad contemporánea; en el admirable enlace con que presenta los hechos políticos é históricos de nuestra patria en el periodo que hemos dicho que comprende la narracion de la novela, desde antes de la revolución de Setiembre hasta después de la Restauración monárquica, con los particulares y ficticios de su creación poética; en el cuadro exacto del estado de renovación, y por consiguiente, de intranquilidad y efervescencia de la sociedad española en el periodo más culminante de la época revolucionaria, de modo que al correr sus páginas, el lector parece como que encuentra la explicación y el complemento de los acontecimientos públicos en el relato novelesco, y la demostración de las causas internas de aquellos famosos sucesos, explicadas por los personajes de la novela, viéndolos á la vez en la calle y en la casa, en el tumulto de la plaza pública y en el recogimiento del hogar doméstico.

En el siguiente artículo ampliaremos estas consideraciones á medida que el desarrollo gradual de la novela que nos ocupa nos vaya ofreciendo motivo para hacerlo.





### III.

#### LA NOVELA.

---

Hemos dicho ya que la obra consta de cuatro partes; la primera dedicada á exponer todo lo concerniente á Juanito Santa Cruz y su familia, á desarrollar el carácter de Jacinta y todo lo relativo á este matrimonio; la segunda se ocupa exclusivamente de Maximiliano Rubín, de sus hermanos y de su tía Doña Lupe y todo lo relativo al proyecto de aquel para redimir á Fortunata, pintura del carácter de la pecadora y todo lo concerniente al amor de Maxi hasta que se casa con ella; la tercera forma el nudo de la acción con todos los incidentes de la reincidencia y nueva caída de Fortunata con Santa Cruz, el segundo cansancio de este,

el episodio de Feijóo y, por último, la reconciliación de Fortunata con su marido Rubín; la cuarta parte, en fin, comprende el desenlace de la acción con todos los incidentes de la tercera y última etapa amorosa de Fortunata y su muerte, con los demás detalles que forman la conclusión y cierre de la novela.

Como caracteres distintivos no sólo de esta novela, sino de todas las producciones de Pérez Galdós hay que señalar, primero: el maravilloso análisis psicológico de los personajes, y segundo la exacta y viva pintura de las costumbres de nuestra sociedad. Para gloria de nuestra patria el autor de los *Episodios Nacionales* es antes que todo español aficionadísimo y entusiasta por todo lo que se refiere á su país y todos los argumentos y asuntos de sus novelas giran siempre al rededor de la historia, de la vida ó de la sociedad española; ya analizando y ponderando las grandes virtudes y cualidades de nuestra raza, ya señalando y ridiculizando sus defectos; ora haciendo la apoteosis de sus héroes y de los nobles empeños de sus hijos, ora llorando sus fracasos, y

por último, poniendo el estigma de la sátira y del ridículo á nuestro quijotismo idealista y á la proverbial indolencia española.

En cuanto al proceso psicológico de los personajes, Pérez Galdós conoce tan perfectamente los delicados y tenues matices del sentimiento y tiene tan admirable arte para presentar y desarrollar las múltiples gradaciones de los afectos y la sucesión á veces caprichosa de ellos, que consigue que el lector intime muy luego con todos los personajes de la obra; la generalización y la abstracción, la inducción penetrante y la deducción comprensiva, así como las demás funciones y operaciones del pensar, las maneja y emplea por modo tan sorprendente y maravilloso cuando describe el interior de los caracteres, que estos ponen al descubierto y manifiestan al lector sus más hondos repliegues internos y todas sus energías psicológicas, demostrando así, que los actos y voliciones de los personajes no son otra cosa que la proyección exacta y legítima de lo sentido, consecuencia ineludible y lógica de lo pensado, ofreciéndose á la vez estos actos como naturales fenómenos de la sen-

sibilidad y de la inteligencia, ó como imperioso mandato de la voluntad.

Por lo que á las costumbres y vida nacional respeta, Pérez Galdós lo sabe todo, ó lo adivina con intuición prodigiosa; nada se le oculta y lo mismo describe los refinados modos y aristocráticas maneras de una recepción suntuosa, como emplea con encantador realismo la rudimentaria salutación de las gentes del pueblo, ó la visita franca y expansiva de las clases medias. Conoce, desde el delicado perfume más exquisito y de moda que tiene en su tocador la dama más exigente y encopetada, hasta la carne más á propósito para el cocido de una familia de obreros; y si á esto se añade sus grandes condiciones de adaptación, como dirían los naturalistas, para acomodarse á todos los casos y á todas circunstancias, su exquisito gusto artístico, su incomparable y genial oportunidad y su profundo conocimiento de la vida y del corazón humano se tendrá una idea exacta del mérito de este escritor insigne y del valor que como producción naturalista y eminentemente artística tiene *Fortunata y Jacinta*, novela en la

---

cual sobresalen, más quizá que en ninguna otra de este autor, las cualidades que dejamos enumeradas.

Hemos dicho que los padres de Juanito Santa Cruz habían sido comerciantes en la calle de la Sal y en la de Postas, y Pérez Galdós, con motivo de poner al corriente al lector de quién era esta familia, dedica en los primeros capítulos de su novela algunas páginas al estudio, (así pudiéramos llamarlo) de los géneros y comercios de telas en la primera mitad del siglo. Es originalísima y admirable esta especie de revista comercial que el escritor utiliza para explicar el cambio de la sociedad española desde la época constitucional en adelante. La introducción de los colores medios en los trajes de nuestro país, y la decadencia de los encarnados y chillones, las comparábilmente el novelista con la introducción de las ideas filosóficas, políticas y religiosas de los pueblos del Norte de Europa, pues nuestras costumbres brillantes y recargadas de color local y nuestras ideas absolutas é intransigentes se fueron cambiando y modificando al contacto de las ideas más tolerantes y las

costumbres cosmopolitas y por lo tanto indefinidas y de medio color de otros países; nuestras ideas unitarias y sin variedad fueron tomando un tinte ecléctico y transigente que quitaba la aspereza al fanatismo tradicional de los españoles. ¡Admirable privilegio el del artista y originalísimo y peregrino modo de presentar la transformación de una sociedad por el cambio de los colores del traje: demostrando así la perspicaz intuición del novelista que sabe relacionar tan adecuadamente el cambio de la exterioridad del vestido con la revolución de las ideas, de las costumbres y de la vida toda, que es lo más íntimo de los individuos que forman esas sociedades!

Hay que leer con detenimiento y reflexión aquellos originalísimos párrafos dedicados al pañuelo de Manila y á los comercios de la calle de Postas y comparar lo que allí dice el novelista con lo que había dicho antes acerca del estado de los estudios y enseñanza en la Universidad Central en las Facultades de Filosofía y Letras y Derecho en aquel inolvidable período del 1860 en adelante; en cuyo tiempo regenta-

ban las cátedras de aquel establecimiento las primeras inteligencias de nuestro país, y después de esta reflexión deducir el paralelismo que existe entre el progreso y transformación de las ideas y el cambio de las costumbres; entre la marcha y transformación de las sociedades por su estructura íntima, á la vez que por sus formas exteriores.

El capítulo destinado á Estupiñá es continuación de los anteriores, pues con aquella acabada pintura de Plácido, y con la descripción de sus ocupaciones mercantiles y sus quehaceres de corredor, completa Pérez Galdós su cuadro sin rival, como historia retrospectiva, de la vida mercantil y comercial de Madrid en la primera mitad del siglo presente.

El viaje de novios de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta es un idilio encantador, lleno de frescura, porque aunque á veces está recargado de mimos y caricias, es de lo más bello, ingenuo y naturalista que se ha escrito en castellano. La narración de la vida, costumbres é ideas de los dos matrimonios, el de D. Baldomero Santa Cruz y Barbarita, y el de sus hijos Juanito y Jacinta, es un

cuadro perfecto de costumbres en el que se destaca, sobre todo, el relieve burgués y mesocrático de los favorecidos por el trabajo, por la honradez y por la economía.

Si en la pintura y descripción de la vida y modo de ser de los Santa Cruz, y en las manías y excelencias de Barbarita y Jacinta llega Galdós á un punto notable de experimentación y naturalismo poco frecuente, cuando describe y dibuja á Guillermina Pacheco supera á todos los cuadros y retratos por lo valiente del diseño, por la fuerza del colorido y por lo hermoso de la imagen; poniendo en aquella mujer sublime las energías todas y las iniciativas del carácter femenino, apasionado en sus afectos, repentino en sus juicios, tenaz en sus resoluciones é incansable, lo mismo para las grandes empresas, que para las cosas más insignificantes y caprichosas. Guillermina Pacheco se apasiona por la mejora y el socorro de la infancia, y esta difícil empresa la consigue y realiza, fundando y levantando un edificio para asilo de niños á costa de toda clase de trabajos.

El capítulo que se titula: *Una visita al*

*cuarto estado* es de lo mejor que tiene esta primera parte, pues aquella casa de la calle de Mira el Río se ve y se toca; tal es la verdad de los detalles, tal el realismo de las figuras y el colorido, y tal la oportunidad del lenguaje y la propiedad de las palabras y del estilo que el autor pone en boca de las pobres gentes que constituyen las últimas capas sociales del pueblo madrileño. El lenguaje de José Izquierdo, su perfil de bravucón y perdonavidas y sus fanfarronerías de revolucionario y petrolero forma de este personaje un tipo bien acabado, que contrasta con el idealista, nervioso é inofensivo repartidor de novelas Ido del Sagrario. Los detalles del engaño de Jacinta con el *Pitusín* y los cuidados y alegrías maternas de la dama con las travesuras del chico son cuadros pictóricos y de costumbres en los que no se sabe que admirar más, si la exactitud y perfección del dibujo, ó la fuerza y valentía del colorido naturalista con que están realizados.

En la *segunda parte*, Pérez Galdós hace la pintura moral y externa del original personaje Maximiliano Rubín, poniéndole en

acción con sus proyectos de redención, su amor á Fortunata, la historia aventurera de la pecadora después de su perdición y abandono por Santa Cruz. ¡Con qué maestría el novelista sorteja aquí los escollos, y con qué delicadeza y fino tacto trata los asuntos difíciles y peligrosos! El escritor se esmera cuando narra la vida y las ocupaciones de Fortunata en sus primeras relaciones con Rubín en la habitación de la calle de Pelayo; y el almuerzo aquel de los dos jóvenes le sirve de motivo para poner en parangón y contraste la curiosidad y aseo de Fortunata con sus dudas y vacilaciones internas en el asunto de su casamiento con Maxi, y esta lucha de sus sentimientos con sus ocupaciones corporales da ocasión al novelista para trazar uno de los más bellos capítulos de su obra.

El retrato de Doña Lupe está hecho de mano maestra y su intervención en la fabula novelesca es oportunísima, tan oportuna como la de Doña Guillermina, pues forman las dos señoras verdadera simetría, la primera como auxiliar y adyacente de Fortunata, y la segunda de Jacinta; siendo de notar el

---

cuidado y esmero que Galdós pone en la creación de estos personajes secundarios, que son piezas de primer orden consideradas individualmente y el novelista, atento á dar variedad á los lectores, parece como que se dispone de una manera formal y solemne á moldearlas, labrarlas y pulirlas con exquisito arte. La Doña Lupe de Galdós es un estudio, es un resultado de la observación psicológica á la vez que humana y real. La idea de la doble personalidad de la tía de Rubín, como mujer y como prestamista, comparada y relacionada con la estructura de su cuerpo, que tiene un pecho verdadero y otro postizo, es muy plástica y original; y sólo puede ocurrírsele á este ingenio que todo lo sabe y todo lo adivina, hasta los lances mismos de la usura y los manejos de los prestamistas.

El capítulo dedicado á los dos hermanos de Maximiliano y á la confesión ó conferencia de Nicolás Rubín, el cura, con Fortunata no es otra cosa que el desarrollo normal de la fábula que el novelista aprovecha para poner de relieve los caracteres especialmente el de la heroína. Es admirable la fina crítica

con que Galdós satiriza á esos sacerdotes que pretenden nada menos que ejercer el apostolado de la virtud, cuando desconocen los misteriosos y sutiles resortes de la voluntad humana, ó se adjudican con presunción insigne la cura de almas, ignorando por completo la naturaleza y carácter de las pasiones y no entienden una palabra de la vida y leyes del espíritu, ni mucho menos la manera de producirse, aparecer y combinarse las energías psicológicas. Aquel cura Nicolás Rubín, zafio, glotón y egoísta hasta lo sumo, que dice que él ha nacido expreso para convertir pecadores, es un necio que se engaña de medio á medio en el juicio de el verdadero estado del espíritu de Fortunata después del exámen de conciencia de la pecadora, y porque la ve con cierta predisposición y docilidad á la devoción y piedad, más bien externa y como novedad en ella que como edificación interior, la cree en vías de regeneración á pesar de haber confesado Fortunata su improbable olvido á Santa Cruz y su difícil cariño á Maximiliano.

Lo mismo el cura Rubín que el capellán

---

de las Micaelas D. Leon Pintado, son dos elérgicos vulgarísimos que se atribuyen neciamente el don y el espíritu evangelico de la conversión de los pecadores, cuando en realidad no sabe el uno más que satisfacer las necesidades groseras del estómago, y el otro echar pestes contra los *apóstoles del error*, los libre-pensadores, y hablar mal del cabildo de Sigüenza, porque no le había dado la lectoral de la catedral en las oposiciones á aquella prebenda, y desconocen la realidad de la vida y los misteriosos repliegues del corazón humano. Cuando ellos creen que Fortunata va redimiéndose en las Micaelas, es cuando en ella se levantan tempestades y borrascas más peligrosas para volver al pecado, y cuando afirman que la pecadora podrá llegar á amar á Maximiliano es cuando ella se acuerda más de Santa Cruz. Lo que los dos curas no vieron ni consiguieron, lo alcanzó inmediatamente una de las reclusas, Mauricia la Dura que es como la voz salvaje de la naturaleza que despierta en Fortunata los deseos mal dormidos por una conversión y una piedad mucho más aparentes y de circunstancias que

reales y efectivas. Hablando Pérez Galdós del carácter de la enseñanza en aquella casa de reclusión expresa lo artificial y exterior de aquella corrección, puramente piadosa, pero sin edificación interna; igual á la de la mayoría de los institutos religiosos modernos, más atentos á formar caracteres hipócritas y corazones de doble fondo, que almas templadas para las luchas de la vida y para el amor de sus semejantes haciendo esta reflexión profundísima, «Verdad que en todo lo que corresponde al reino inmenso de las pasiones, las monjas apenas ejercitaban su facultad educativa, bien porque no conocieran aquel reino, bien porque se asustaran de asomarse á sus fronteras.»

Después de haberse entretenido el novelista en describir la vida de aquellas mujeres en las Micaelas, sale Fortunata del establecimiento para casarse, y el último capítulo de esta parte, está dedicado á la boda y á la fuga de la recién casada con Santa Cruz y todos los acontecimientos que siguieron á la separación de Fortunata y Maxi. ¡Qué bien pintada está la pasión ardiente de la pecadora y la concupiscencia

epicurea de Santa Cruz! Fortunata faltando tan alevosamente á su marido no es repugnante, porque la ennoblece su sincero é inmenso cariño; Santa Cruz es un amante acomodativo é intercadente y excita en el lector pocas simpatías, pues en realidad él es muchísimo más perverso que su cómplice.

La *tercera parte* de la novela constituye, como hemos dicho, el nudo de la acción, pues las dos primeras son como la exposición de el carácter de los cuatro personajes que forman los dos matrimonios de las *Dos historias de casadas*. En este tercer tomo el novelista pinta con admirable maestría la vida de los pretendientes políticos en Madrid, las discusiones de café y la indolencia proverbial de los españoles en el capítulo que adecuadamente titula: *Costumbres turcas*. Sigue á este otra vez la acción principal con el segundo período de cansancio de Santa Cruz y el consiguiente abandono de Fortunata, y la vuelta al amor de Jacinta; después el episodio de las relaciones de Feijoó con la pecadora, episodio que prepara la vuelta de Fortunata á casa de su marido

Maximiliano Rubin; luego otros capítulos naturalistas y de costumbres, el de la vida de Rubin y Fortunata en esta época de paz; el otro con la enfermedad y muerte de Mauricia la Dura, acontecimientos que son el motivo de que se aproximen las dos protagonistas para que luego en el capítulo siguiente y último de esta parte, se encuentren las dos frente á frente en casa de Doña Guillermina. Este capítulo admirable por muchos conceptos y que el novelista titula: *La idea..... la pícara idea*, contiene este encuentro de Fortunata y Jacinta, que es sin disputa la prueba más grande del talento de Pérez Galdós, pues resulta preparado y llevado á cabo con grandísimo éxito y venciendo valerosamente todos los escollos del asunto. Sirve además este capítulo para preparar convenientemente el animo de Fortunata á fin de que vuelva, con naturalidad y sin violencia, á entablar de nuevo sus relaciones con Santa Gruz, tener de él otro hijo y poder de esta manera conseguir la ansiada superioridad sobre su rival y envidiada Jacinta, si no en virtudes y excelencias, por lo menos en fecundidad y resultados positivos para una esposa.

Señalar las bellezas literarias que esta parte de la novela encierra y analizar los cuadros de costumbres que contiene, lo mismo que enumerar las reflexiones profundísimas de ciencia sociológica, de moral austera y de vida práctica que el libro atesora, sería materia suficiente, no para un artículo crítico, si no para una obra extensa de filosofía trascendental. Lo repetimos una vez más: el altísimo mérito de *Fortunata y Jacinta* no tanto estriba en la acción y en los caracteres, cuanto en las inmejorables cualidades de la concepción general de la novela, en lo encantador y espontáneo del estilo, en la profundidad del concepto, en el estudio y su finísima observación experimental de las costumbres y de los caracteres, en el naturalismo de buen tono que la novela ofrece, en el conocimiento asombroso del corazón humano que Pérez Galdós demuestra, y en los múltiples y nunca agotados destellos de ingenio, de ciencia y de superioridad artística que la obra revela.

La *cuarta* y última parte de la novela es la continuación del nudo y el desenlace de todos los incidentes de la acción de *Fortu-*

*nata y Jacinta*: allí se describe por modo admirable la desconfianza y la sospecha de Maxi de la fidelidad de su esposa, y el principio de su demencia. Los inesperados cuanto espirituales y ardientes amores de Moreno-Isla por Jacinta están presentados con grandísimo talento por el novelista, y el pensamiento fugacísimo de la esposa de Santa Cruz sobre la posibilidad de conseguir el intento de su manía, aceptando los obsequios del aburrido solterón, pasa invisible para los lectores, pero la reflexión lo adivina, pues Pérez Galdós ha tenido el exquisito tacto de presentarlo de tal modo, que sin que lo diga Jacinta, sospechemos que esta idea pasó por su imaginación, extraviada por el deseo de ser madre, y en un momento de celosa rabia contra su marido. Allí está el rompimiento y separación definitiva de Fortunata y Maximiliano con la vuelta de la pecadora á casa de su tía en la Cava de San Miguel; la reflexión lógica, las astucias, las profecías y clarividencias del pobre Rubín; los nuevos amores de Santa Cruz con otra mujer que no es Fortunata ni Jacinta, sorprendidos y averiguados por Maxi; el

parto de Fortunata, su venganza y castigo contra Aurora Samaniego, la muerte, en fin, de la pecadora con cuyos funerales, costeados por Ballester, termina la novela.

No resistimos á la tentación de citar aquí el párrafo aquel en el que Maximiliano Rubín, después de ver en el Cementerio la lápida del sepulcro de la que fué su esposa, rompiendo en copioso llanto llora sus desventuras y dice á su amigo Ballester que le acompañaba: «La quise con toda mi alma. Hice de ella el objeto capital de mi vida y ella no respondió á mis deseos. No me quería..... Mirémos las cosas desde lo alto, no me podía querer, yo me equivoqué, y ella también se equivocó. No fui yo sólo el engañado, ella también lo fué. Los dos nos estafamos recíprocamente. No contamos con la naturaleza, que es la gran madre y maestra que rectifica los errores de sus hijos extraviados. Nosotros hacemos mil disparates, y la naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca, nos coge y nos estrella, como el mar estrella á los que pretenden gobernarlo. Esto

me lo dice mi razón, amigo Ballester, mi razón, que hoy, gracias á Dios, vuelve á iluminarse como un faro espléndido.» Esto con lo demás que sigue son expresiones de la más pura idealidad de aquel alma noble, encerrada en un cuerpo ruín, y son á la vez la explicación que da el novelista al problema y conflicto moral planteado por él en *Fortunata y Jacinta*.

Tal es, en suma, la última producción de Galdós; admirable por el pensamiento profundo que encierra, hermosa como fábula novelesca, sorprendente y digna de todo encomio, como cuadro exactísimo y naturalista de costumbres y como estudio histórico de una época dada; de gallardo y vario estilo, nutrido de pensamientos elevados y aderezado de hermosos perfiles artísticos; de lenguaje fácil, oportuno y castizo, y producción, en fin, que lleva el sello del incomparable talento de un autor, de inspiración potente y robusta y capaz de acometer con éxito las más grandes empresas literarias.

Pero á todo esto preguntarán, quizá, los lectores de este juicio crítico: ¿Es que *For-*

---

*tunata* y *Jacinta* es una obra intachable en la que todo es acierto? porque hasta ahora no hay más que alabanzas y encomios. ¿No tiene defecto alguno? Ciertamente: respondemos nosotros; la novela, como toda obra humana, no es en todas y cada una de sus partes perfecta, y desde luego afirmamos que tiene algunos lunares; pero estos lunares son bien poca cosa comparados con sus muchas bellezas; y ¿por qué hemos de ser injustos, complaciéndonos en enumerar las caídas, cuando son tantos los aciertos? Esta es la razón de por qué somos panegiristas y no detractores de *Fortunata* y *Jacinta*, y estimamos mejor hacer patentes las bellezas de la novela que criticar sus defectos.

El principal inconveniente de *Fortunata* y *Jacinta* está en la amplificación que Pérez Galdós ha dado á la doble acción de la fábula, perjudicando el interés por la bifurcación del argumento de la novela. Las tres caídas de *Fortunata*, contadas tan minuciosamente en la obra hacen á esta larguísima, y pudo desde luego el autor haber condensado más su narración. El episodio de *Mauricia la Dura* y su locura en las *Micaelas* nos parece demasiado

extenso, por más que sea una interesante pintura de los efectos del alcoholismo. Otros episodios y detalles, el viaje de novios, por ejemplo, de Santa Cruz y Jacinta está tan extensamente relatado y tan llenos de mimos y caricias que, á no ser por lo encantador del estilo y el grandísimo arte de Galdós, seguramente llegarían á cansar. La extensión misma que el autor ha dado á los cuadros de costumbres y al estudio psicológico de los caracteres, en particular de Doña Guillermina y Doña Lupe, si los primeros no sobresalieran por su perfección y realismo admirables, y el segundo por el sorprendente alcance de las observaciones psicológicas, llegarían á ser pesados, pues aunque muy notables las figuras de estas dos mujeres no había necesidad de tanto, por la importancia secundaria que tienen en la acción y en el mecanismo de la fábula: y pudieran, con menos intervención en ella, haber servido á los fines que el novelista se propuso al utilizarlas. Pero después de todo, están tan bien realizadas todas estas cosas, que en gracia de su belleza puede muy bien perdonársele á Pérez Galdós estos

pecados contra las proporciones del asunto de su obra.

El lenguaje del pueblo madrileño, los modismos populares y todo lo que se refiere á la correspondencia y adaptación de los personajes que hablan en la novela, con las palabras que emplean todo está bien hecho y con oportunidad realizado: quizá no faltará algún escrupuloso preceptista que tache al autor de bajeza en los vocablos, pero la verdad es, que están con mucho tino y naturalidad empleados, y que aunque peligroso este uso para los que sin el talento de Galdós quieran imitarle, es lo cierto, que estos vocablos y estos modismos, manejados por un escritor de buen gusto, sirven para dar á la producción novelesca carácter de obra y creación espontánea, de expresión real de la vida y de la sociedad, y no ficción amanerada, convencional y falsa.

No queremos continuar la tarea poco grata de señalar más reparos en una obra tan excelente como *Fortunata y Jacinta*; y si alguien nos tachara de haber sido nosotros también demasiado latos y extensos en la apreciación y juicio de esta novela, respon-

deremos, que mucho más merece, y no sólo juicios, apreciaciones y alabanzas de nuestra modesta pluma, sino de otras que tengan mayor lucidez, mayor notoriedad y mayores alcances que la nuestra.

FIN.



## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

ELEMENTOS DE RETÓRICA Y POÉTICA Ó LITERATURA PRECEPTIVA: un tomo en 4.<sup>o</sup> **Tercera Edición.** Precio en toda España 6,50 pesetas ejemplar encartonado.

EJERCICIOS DE ANÁLISIS LITERARIO Y COLECCIÓN SELECTA DE COMPOSICIONES EN PROSA Y VERSO: un tomo en 4.<sup>o</sup> **Segunda Edición.** Precio en toda España 5,50 pesetas ejemplar encartonado.

PROGRAMA DE RETÓRICA Y POÉTICA. Precio 0,50 pesetas.

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y PROGRESO HISTÓRICO DE LA LENGUA CASTELLANA: un folleto de 50 páginas —1872 (**Agotado**).

EL RENACIMIENTO EN VALLADOLID.—Estudio crítico artístico: Obra premiada con medalla de plata en los Juegos Florales de Valladolid en 1885: un folleto de 112 páginas; Precio una peseta.